

ARTICULOS

FERNANDO GONZALEZ VIGIL **Capital Transnacional y Estado en el Perú:1968-1978.** 1

ROMULO GRADOS Y NELLY MORA **La Pobreza en Lima Metropolitana.** 31

GONZALO PORTOCARRERO M. **Del Monetarismo al Keynesianismo:La Política Económica Durante la Crisis del 30.** 65

COYUNTURA

J. IGUÍÑIZ, R. NAVARRETE, E. SUMAR, J. LEON, E. DIAZ **La Economía Peruana en 1980.** 99

RESEÑAS

RAUL HOPKINS "Economía Agraria de la Sierra Peruana Antes de la Reforma Agraria de 1969 " de J.M. Caballero. 151

HERACLIO BONILLA "La Economía Campesina de la Sierra del Perú" de A.Figueroa. 155

NOTAS SOBRE EL DEPARTAMENTO DE ECONOMIA 160

JOSE MARIA CABALLERO. *Economía agraria de la sierra peruana, antes de la reforma agraria de 1969*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1981.

Raúl Hopkins

El objetivo de la obra es presentar un panorama general de la economía y sociedad rural de la sierra peruana, tomando como referencia el período inmediatamente anterior a la reforma agraria de 1969. Sin embargo, dado que la mayoría de fenómenos estudiados se han mantenido o profundizado después de ésta, su validez va más allá del período considerado, contribuyendo al entendimiento de los problemas contemporáneos de esa región.

Dos partes, claramente diferenciadas, forman el contenido del libro. Mientras en la primera el análisis de los temas abordados (el escenario natural, la tierra, los trabajadores, la producción y el ingreso) se hace mediante un *corte temporal*, en la segunda parte se indaga su génesis y desarrollo histórico, poniendo énfasis en el orden social y político de la vida rural serrana. Finaliza la obra una sustanciosa síntesis, seguida de reflexiones sobre la cuestión agraria de la sierra, la reforma agraria y el carácter del desarrollo capitalista en la agricultura andina.

La imagen de la sierra que emerge del trabajo es la de una región con gran variedad de paisajes agrarios y organizaciones humanas, alta dependencia de factores ecológicos, una población básicamente rural y en la que las ocupaciones más importantes —agricultura y ganadería— absorbían cerca de las dos terceras partes de la fuerza laboral. Los niveles de vida de la población rural eran, de otro lado, sumamente bajos, tanto en términos absolutos como en relación a la población urbana.

¿Cómo entender la pobreza del campesinado andino? El autor proporciona tres líneas explicativas: a) características del medio ecológico; b) tecnología, bajos rendimientos por hectárea y baja productividad del trabajo; y, c) escasez y mala distribución de la tierra. Caballero analiza las condiciones fisiográficas y climáticas de la sierra, que imponen una serie de restricciones a la actividad agropecuaria. Con el proceso de desarrollo capitalista la correspondencia entre medio físico y organización social se fue rompiendo progresivamente al brindar las características imperantes condiciones poco favorables de rentabilidad al capital. Estas características no deben tomarse, sin embargo, como un “imposible” sino como un mayor desafío que requiere de cambios profundos en la orientación general de la economía y sociedad (*Ibid.*, 45).

Las cifras de rendimientos por hectárea, baja productividad y nivel tecnológico expresan con nitidez el atraso agrícola y la ausencia de un proceso masivo de modernización. En 1972 el valor agregado por trabajador agropecuario en la

sierra era equivalente a 385 dólares/año, siendo la productividad del trabajo 4.5 veces inferior a la de la costa y 2.4 veces menor que la de la selva. Los indicadores convencionales del nivel tecnológico no eran mejores: sólo el 3% de todas las unidades agropecuarias utilizaba energía mecánica, el 4% de las agrícolas tractor, el 23% fertilizantes químicos o guano de las islas, el 3% asistencia técnica y el 4% crédito agropecuario. En ninguno de estos aspectos hubo sin embargo una diferencia radical entre pequeñas, medianas y grandes explotaciones (*Op. cit.* 375).

El tercer factor que influye decisivamente es la escasez de tierras y su distribución. En promedio en 1972 sólo había 0.36 Hás. de cultivo por habitante serrano, la frontera agrícola globalmente considerada parecía encontrarse agotada y gran parte de las tierras utilizables eran de baja calidad. Respecto a su distribución, si bien había concentración latifundista, ésta era *mucho menor de lo que usualmente se piensa*. Así, las unidades agropecuarias mayores de 50 Hás. controlaban el 14.1% de las tierras de cultivo bajo riego y el 13.2% de las tierras de cultivo en seco. En pastos naturales, en cambio, su importancia era mayor, aunque su valor económico es significativamente menor. En hectáreas estandarizadas las U.A. mayores de 50 Hás. concentraban el 20.1% de las tierras.

La baja productividad, rendimientos y pobreza del campesino no significó, en ningún sentido, que su economía se encontrara débilmente ligada al mercado ni, por otro lado, que tuviera una limitada movilidad residencial. La sistematización que hace Caballero de los trabajos de COMACRA, Amat y León, y Efraín Franco muestra en efecto un *significativo grado de monetización* (entre el 65 y el 80% del ingreso total familiar) siendo notoria la importancia del mercado de trabajo, aunque éste era básicamente eventual y poco estructurado. La movilidad residencial de la población era, además, muy significativa. La imagen de un campesino aislado del mercado, atado permanentemente a su terruño, no corresponde más a los hechos.

Para comprender las características de la sierra peruana es indispensable analizar su génesis histórica y abordar los aspectos sociales e institucionales. A ello se dedica la segunda parte de la obra, poniendo énfasis al impacto de las transformaciones ocurridas en la economía y sociedad peruana. Si bien por razones de espacio no es posible reseñar aquí las múltiples y ricas discusiones que aborda el autor —sobre el orden gamonal, sus bases económicas, las clases de haciendas existentes, su funcionamiento interno y proceso de descomposición, el impacto de la penetración capitalista en las comunidades, fuerzas centrífugas y centrípetas en las relaciones de cooperación, movimientos campesinos, entre innumerables temas más— vale la pena resaltar una constatación central que aparece reiteradamente en la investigación, y que es abordada teóricamente en el capítulo final: el fuerte proceso de monetización, movilidad residencial, modi-

ficación de los vínculos comunales, diferenciación del campesinado, penetración ideológica y cultural, entre muchos otros cambios ocasionados por el desarrollo capitalista, *no condujo a una proletarización plena de la fuerza de trabajo, ni a una transformación de la tecnología y menos a un aumento en el ingreso de los productores*. Asimismo, del proceso de diferenciación no resultó, de manera masiva, un proletariado y una burguesía claramente enfrentados y separados.

La importancia de esta constatación es, a mi juicio, crucial para entender la naturaleza y alcances del desarrollo capitalista en la sierra peruana, contribuyendo decisivamente a replantear —sobre la base de una sólida evidencia empírica— una serie de enojosas e interminables discusiones sobre “la cuestión agraria”. No se debería, por ejemplo, limitar el debate a contraponer el problema de la tierra a otros temas de creciente importancia (como la agroindustria, la comercialización o la fijación de precios) sino de entender, además, *cómo y por qué*, bajo este patrón de desarrollo capitalista, el campesino sigue apegado a la tierra, aunque de manera cualitativamente diferente, pese al intenso proceso de monetización y subordinación a la dinámica de la sociedad en su conjunto. Las constataciones que hace Caballero sobre el carácter inestable y poco estructurado de los mercados de trabajo, el alcance parcial de la proletarización y, en definitiva, la incapacidad del capitalismo para sustituir plenamente el viejo régimen aportan fundamentos a esta discusión. La manera como se recrean, en parte, las formas de cooperación campesina, la institucionalidad comunal, o vínculos de parentesco aparecen también —en esta perspectiva— plenamente consistentes con la naturaleza del desarrollo capitalista en nuestra formación social.

Si bien es extraordinariamente saludable advertir como el debate agrario va rebasando los estrechos marcos sectoriales y hace alusión, crecientemente, a la presencia y expansión del capitalismo en nuestra sociedad, resulta indispensable aprehender su especificidad. En este derrotero el aporte del libro que comentamos es fundamental.

Por lo tanto no se trata de una obra que ofrece exclusivamente un panorama del agro serrano. Es, al mismo tiempo, una propuesta de método de análisis que, aunque más exigente, promete bases más sólidas para avanzar en la discusión y enriquecimiento de los estilos de análisis utilizados:

“Para quien está acostumbrado a pensar, en la tradición clásica de Marx, Lenin y Kautsky, que el desarrollo del capitalismo agrario está acompañado por la proletarización abierta, una revolución en la tecnología agraria (en la productividad del trabajo y en los rendimientos por hectárea) y un reordenamiento de la tenencia en favor de unidades empresariales medianas o grandes, la historia reciente de la agricultura andina produce perplejidad. Fenómenos que en principio deberían ir asociados —desarrollo mer-

cantil y revolución tecnológica; expansión del mercado de trabajo y diferenciación campesina, de un lado, con proletarianización abierta, de otro, por ejemplo—, no lo hacen; o por lo menos no en la forma y medida en que una interpretación mecánica de los clásicos haría pensar. ¿Cómo dar, entonces, cuenta teórica de lo que ha sucedido?” (*Ibid.*: 399).

Luego de criticar dos maneras erróneas de responder esta interrogante —*negar* la existencia de desarrollo capitalista o, en el extremo opuesto, *exagerar* la magnitud de su desarrollo— el autor propone un enfoque que consiste en distinguir *dos facetas* en el desarrollo capitalista: la de “destrucción capitalista”, que consiste en la erosión y desestructuración de la vieja sociedad (“una especie de abonamiento del terreno para la expansión del capitalismo”) y la de “construcción capitalista” que es la capacidad del nuevo sistema para reorganizar bajo su control y con sus propios métodos la economía (*Ibid.*: 402-403).

Esta distinción, resumida aquí muy escuetamente, resulta *esencial* para comprender la naturaleza del desarrollo capitalista en la sierra, en donde el capitalismo ha mostrado una importante capacidad para erosionar la economía y sociedad tradicionales pero no así para sustituirla, plenamente, por otra nueva.

Por la voluminosa evidencia reunida en el trabajo, el riguroso método de análisis empleado y —no está demás destacarlo— por su impecable estilo de exposición, el libro de Caballero es, a no dudarlo, la obra más completa que se ha escrito últimamente sobre la economía agraria de la sierra. Señala, además, el avance de las ciencias sociales en la interpretación del problema agrario peruano.